

un cambio de vida para aplacar á los dioses; bastaba reparar la negligencia en el culto externo ó añadir en él algo, edificar algún templo, multiplicar las víctimas, etc. El paganismo no era propiamente más que un tráfico de bienes temporales. Los hombres cumplían con oraciones, genuflexiones y ofrendas, y los dioses con el dón de la salud y de las riquezas y con el buen éxito de una empresa. La virtud no entraba para nada en este comercio; no la pedían á los dioses, y les pedían atrevidamente favores injustos. Hasta los acusaban de ingratitud si dejaban sin recompensa los honores que se les tributaban» (1).

Es preciso, si se quiere moralizar á los hombres, hacer en todo lo contrario de la moral católica, es decir, que es preciso volver á la moral de los filósofos, que es tanto la de Bayle como la de Leibnitz y Espinosa. El catolicismo vicia la moral subordinándola al dogma. Es preciso romper estas funestas cadenas. No quiere esto decir que sea necesario separar para siempre la religion y la moral. Quien altera la moral es la fe revelada, no la religion en su esencia. Porque la religion en su esencia es el fundamento de la moral, llegará un día en que no habrá más religion que la moral. Para esto es menester que el cristianismo histórico se transforme. Es menester que el elemento supersticioso que va mezclado con él y lo corrompe, desaparezca. Es decir que, para regenerar las creencias religiosas, era necesaria una obra de destruccion. Tal fué la misión del siglo XVIII. Bayle es su precursor; él mismo lo conocía, y este será su eterno título de gloria. «Yo pretendo, decía, tener una vocacion legítima para oponerme á los progresos de las supersticiones, de las visiones y de la credulidad popular.» ¡Vocacion santa que fué tambien la de Voltaire!

§ VI. — Hume.

I.

Bayle seguirá siendo un enigma si se toman en serio sus protestas de ortodoxia: no se sabe qué pensar de un escéptico que se llama

(1) BAYLE, *Continuacion de los pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 376).

ma cristiano, y de un cristiano que emplea todo su talento, y tenía muchísimo, en probar que el cristianismo y la razon son inconciliables. Pero si el personaje es problemático, no sucede lo mismo con su doctrina, que conduce al escepticismo religioso, y llevada hasta el final, al escepticismo absoluto. Un filósofo inglés nos dirá la última palabra de Bayle. Hume no hace ya de la duda un juego, sino un sistema. No se llama ya cristiano, no tiene respeto alguno por la religion, salvo el respeto legal que los Ingleses tienen por los hechos consumados. Bayle pertenece tanto al siglo XVII como al XVIII. Ahora bien; diríase que el siglo de Bossuet se impone hasta á los libres pensadores, excepto á Espinosa, que vivió solitario como una idea. Bayle es semi-protestante, semi-filósofo. El protestante conserva su fe tradicional en las creencias cristianas, por más de que el filósofo las bate en brecha. Hume es el Bayle del siglo XVIII, siglo de incredulidad. Bayle, educado en el espiritualismo cartesiano, no ataca jamás la inmortalidad del alma, la existencia de Dios. Hume procede de Locke, pero más lógico que su maestro, no retrocede ante ninguna consecuencia del sensualismo. ¿Qué había de ser para él, no digamos ya el cristianismo, sino cualquiera religion? Lo que era para Epicuro un vano espantajo, que no sirve más que para perturbar el espíritu con sus fantasmas y del que es preciso desembarazarse si se quiere pensar libremente.

Los filósofos del siglo XVII admitían una religion natural; suponían, pues, que la idea de Dios es innata en el hombre, y que el creer es una necesidad para su espíritu. Error, dice Hume. No hay más necesidades naturales que las que son siempre y en todas partes las mismas, que no se apartan jamás de su objeto, y cuyo objeto está exactamente determinado: tal es el amor propio, tal es la inclinacion que lleva á un sexo hácia otro. ¿Sucede lo mismo con la religion? Parece, es verdad, que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha creído bastante generalmente que existía un poder superior, inteligente é invisible. Sin embargo, esto no es tal vez tan absoluto que no sufra alguna excepcion; ménos cierto es todavía que esta creencia haya hecho nacer las mismas ideas en todos los espíritus. Si podemos fiarnos en las relaciones de los viajeros y de los historiadores, hay pueblos desprovistos de todo

sentimiento religioso. Por otra parte, es seguro que no se encuentran dos naciones, ¿qué digo? costaría trabajo hallar dos individuos que tuviesen precisamente las mismas creencias acerca de Dios. Hume deduce de ahí que la religion no nace de un instinto originario ó de una impresion primitiva de la naturaleza (1).

Si la religion no tiene su origen en la idea de Dios y en una necesidad del espíritu, ¿por qué, pues, se la encuentra en casi todos los pueblos y en todos los tiempos? Dejemos á un lado las tribus salvajes, razas caídas, y cuya existencia no prueba más contra el sentimiento religioso que contra la sociabilidad; si nos atenemos á las naciones más ó ménos civilizadas que ocupan el globo, es cierto que la religion es un hecho universal. ¿Qué importa que varíe en el objeto de sus creencias? La union del hombre y de la mujer, que Hume admite como una institucion de la naturaleza, ¿ha sido siempre la misma? Despues de todo, es necesaria una razon cualquiera para explicar la persistencia de las religiones; parecen inmortales, en el sentido al ménos de que no perecen más que para transformarse. Hume trata de hallar la explicacion de este hecho en el instinto más vil de nuestra naturaleza, el temor. Un instinto que es comun al hombre y á los animales no puede dar nacimiento á creencias muy elevadas. Hé aquí el retrato que Hume hace de la religion en su principio; no es muy lisonjero: «La religion primitiva del género humano debe su origen á los temores que le inspira el porvenir. Calcúlese qué ideas deben formarse los hombres de un poder invisible y desconocido, cuando todo les hace temblar y su espíritu no ve más que siniestros acontecimientos. Todo lo más espantoso que pueden imaginar la malicia, la severidad, la venganza, la crueldad, viene á pintarse con los más negros colores en el alma sombría del devoto, y aumenta el horror de que ya está poseída. En estas profundas tinieblas, ó lo que es peor, en este débil crepúsculo que le rodea, la Divinidad se presenta á él como un espectro revestido con las formas más espantosas; no hay rasgo de maldad de que no la crea capaz, y que no se lo atribuya sin el menor escrúpulo en sus accesos de terror.»

(1) HUME, *Historia natural de la religion* (Obras filosóficas, t. III, edic. de Londres, 1764).

Lo que ha sido la religion en su origen lo es todavía hoy; los terrores han cambiado de objeto, pero el miedo sigue siendo el gran instrumento del sacerdocio, para mantener á los hombres en los vínculos de la fe; ¿qué es el cristianismo para la inmensa mayoría de los fieles, más que el temor del infierno? Quitad este temor; ¿qué queda? Hé aquí por qué la religion ejerce principalmente su influencia sobre los niños: es la edad más débil y más tímida. Hay hombres que no salen jamas de la infancia, porque los sacerdotes tienen cuidado de perpetuar su ignorancia y su credulidad; en las clases más ignorantes es donde se encuentra más religion. Hay tambien un sexo que, por debilidad ó por ignorancia, es presa del temor como la infancia. ¿Cuál es el apoyo más firme de todo lo que se llama supersticion? Estrabon responderá por Hume: «Los jefes, dice, y los ejemplos de todo género de prácticas supersticiosas son las mujeres; ellas son las que excitan á los hombres á la devocion, á las oraciones y á la observancia de los dias festivos.» Otro tanto pudiera decirse aún hoy en el siglo XIX. ¿Pero qué prueba esto? Que es preciso instruir á las mujeres y á las clases inferiores; entónces desaparecerá la supersticion. ¿Quiere decir esto que la religion desaparecerá con la ignorancia y la credulidad? La religion se trasformará, se elevará con nuestros sentimientos y con nuestras ideas, pero no perecerá, á ménos de que el hombre no sea un sér de la misma naturaleza que los animales; y si es así, ¿para qué filosofar?

A pesar de su escepticismo, Hume exalta la razon humana, porque puede llegar al conocimiento del soberano Sér, porque de los objetos que la naturaleza expone á nuestros sentidos, se remonta hasta su principio, hasta el Creador del Universo. Esto está perfectamente. Despues de haber glorificado así la razon, Hume la compara con la religion: «Pero hé aquí otro espectáculo. Pasead vuestras miradas sobre las naciones y sobre los tiempos, examinad las máximas de las religiones que han estado en boga en el mundo, y os costará trabajo el persuadiros de que sean más que sueños de alguno que delira, y aún tal vez las tomaréis más bien por imaginaciones caprichosas de monos grotescos, que por aserciones serias de seres que se tienen por racionales.» Jamas se ha dicho nada más despreciativo acerca del cristianismo tradicio-

nal, porque se trata de la religion cristiana. Y sin embargo, esta insultante apreciacion es bajo ciertos aspectos merecida: son respesalias. Durante siglos la religion se ha burlado de la razon, la ha despreciado; pretendia hacerla su servidora, su esclava, ¡y qué servidumbre, gran Dios! ¡La razon se esforzaba en vano por probar que uno y dos hacen uno! ¡Que el hombre y Dios pueden unirse en una sola persona! ¡Que Dios condena al niño, cuyo único crimen es ser el hijo de su padre! ¡Que un mismo cuerpo puede hallarse en mil lugares diferentes! Hé aquí los ejercicios en que se empleaba todavía á la razon en el siglo xvii. ¿Podrá extrañarnos que haya acabado por rebelarse contra tan estúpida dominacion, y que á su vez haya maltratado á sus maestros llamando desatinos á las creencias, que son un reto al buen sentido?

No se equivoca, pues, Hume al reirse del catolicismo; llegará algun dia en que la humanidad entera sea de su opinion: «Supongamos que un doctor de la Sorbona diga á un sacerdote de Sais: ¿Cómo es posible que adoreis á los puercos y á las cebollas?—Si los adoramos, responde éste, al ménos no nos los comemos.—Pero ¿y los gatos y los monos? replica el sabio doctor, ¡vaya unos objetos de adoracion!—Valen, por lo ménos, tanto como las reliquias y los huesos podridos de los mártires, replica su sabio antagonista.—Pero ¿estais locos, insiste el de la Sorbona, que os matais por decidir si una col es más respetable que un pepino?—Convengo en ello, dice el Egipcio; pero convenid á vuestra vez que tiene todavía ménos sentido comun el hacerse la guerra por unos volúmenes llenos de sofismas, diez mil de los cuales no valen ni un pepino, ni un repollo.»

Estas son verdades poco agradables para los oidos católicos, pero que no por eso dejan de ser verdades, y que conviene repetir en el siglo xix, puesto que, gracias á la reaccion, se resucitan las antiguas supersticiones y hasta se forjan otras nuevas. Hay un dogma en el cristianismo ortodoxo, comun á todas las sectas, que por sí solo bastaria para cubrir de ridículo á la ortodoxia cristiana; sin embargo, es un dogma capital, la Eucaristía; faltando éste, la encarnacion cae con él, y con ella se derrumba toda la religion tradicional. La comunión ha sido siempre un motivo de escándalo

para los libres pensadores. Ya en la Edad Media el famoso Averroes, ese príncipe de los incrédulos, decia que no conocia religion más absurda que aquella en que los sectarios se comen á su Dios despues de haberlo formado. Oigamos el comentario de Hume sobre esta frase del filósofo árabe: «No creo, en efecto, que haya dogma alguno en el paganismo que se preste tanto al ridículo como la doctrina de la presencia real; esta creencia es tan absurda que no se puede ni argumentar contra ella.» No pudiendo hablar seriamente de un dogma que parece imaginado por algun mal intencionado, nuestro filósofo cuenta la historia de un jóven Turco que, habiéndose convertido en París, gracias al buen vino que se le dió á beber, comió á su Dios. Al dia siguiente se le preguntó cuántos dioses habia, y contestó que no habia ninguno. Como el catequista se indignase, el prosélito respondió: «Nada más cierto. Me habeis dicho siempre que no habia más que un Dios, y ese me lo comí ayer.»

Si al ménos la Iglesia se contentase con creer estas invenciones, si no pretendiese imponer su creencia á todos los hombres, bajo pena de su salvacion en primer término, y despues bajo las penas más reales y más terribles, ¡los calabozos y las hogueras de la Inquisicion! Hoy la Iglesia se hace todo lo tolerante posible; si diéramos crédito á algunos de sus defensores, ella sería quien ha inventado la libertad religiosa. Esto es querer lavar el crimen de la sangre derramada con un nuevo crimen, la falsificacion de la historia. El siglo xviii ha inaugurado la era de la tolerancia. ¿Quién fué el apóstol de la libertad? La filosofía. Dejemos la palabra á Hume: «Los Cartagineses, los Mejicanos y demas naciones bárbaras que han sacrificado víctimas humanas, apénas tienen por qué avergonzarse delante de los inquisidores y perseguidores de Roma y de Madrid; puede ser que no hayan derramado tanta sangre. Además, aquellas víctimas, que se sacaban á la suerte, no podian interesar mucho al resto de la sociedad; en cambio, los rayos de la inquisicion no caen más que sobre la virtud, la ciencia y el amor de la libertad; desterradas estas cualidades, no queda más que la vergonzosa ignorancia, la depravacion de las costumbres y la vil esclavitud. La muerte de algunos millares de hombres exterminados por la peste, por el hambre, ó por cualquier otra calami-

dad no es tan perjudicial á la sociedad como la muerte de un solo hombre que espira bajo la espada injusta de la tiranía.»

II.

Miéntas Hume combate las supersticiones, nosotros aplaudimos su tarea. Pero no tiene razon al querer prevalerse del abuso de la religion para censurar la religion. No sería difícil hacer una recopilacion de los errores bastante absurdos estampados en los escritos de los filósofos; hay tonterías filosóficas, como hay tonterías teológicas: si las unas no pueden ser invocadas contra el libre pensamiento, tampoco deben invocarse las otras contra la religion. Con estas reservas aceptamos la crítica que Hume hace de la famosa identidad de la razon y de la fe, que Descartes imaginó, y que Leibnitz trató en vano de defender contra Bayle. Los filósofos del siglo XVII creían prestar un gran servicio al cristianismo sosteniendo que sus dogmas están en armonía con la razon. En efecto, si hubieran conseguido su objeto, hubieran devuelto á la religion cristiana todos aquéllos cuya conciencia se niega á admitir creencias que su razon rechaza, y el número de éstos incrédulos crece de día en día. Pero la tentativa de los filósofos cristianos implica contradiccion; debia fracasar por completo, si los dogmas seguian siendo lo que son, misterios; debia tambien salir fallida, si los dogmas se hacian racionales. Así la filosofia cristiana producía un resultado completamente opuesto á la intencion de los filósofos que se consagraban á este ingrato trabajo. Hume lo hace notar: «Los que se han propuesto defender la religion cristiana por los principios de la razon humana son amigos peligrosos, cuando no son enemigos encubiertos. *Nuestra santa religion* no está fundada en la razon, sino en la fe, y no hay medio más seguro de exponerla que someterla á una prueba que no puede resistir» (1).

Hume tiene razon; ¿pero habla en interes de *nuestra santa religion*, de esta *santa religion* que insulta en otra parte tratándola de *imaginacion de monos grotescos*? Leibnitz era más sincero cuando

(1) HUME, *Obras filosóficas*, t. II, p. 39.

daba esta voz de alarma: la fe perece si no la poneis en armonía con la razon. El grande hombre se interesaba por la esencia de la religion; esperaba que por una libre interpretacion el cristianismo podria armonizarse con la religion natural, que tan querida le era; si se equivocó en cuanto á los medios, no se equivocó en cuanto al fin: el cristianismo protestante ha ido haciéndose racional, y apenas difiere de la religion natural más que en el nombre. Hume marchó completamente por otro camino; si declara que la fe es inexplicable por la razon, es para destruirla. En efecto, se dirige á un siglo filosófico, idólatra de la razon, y le dice que la fe es un milagro permanente, es decir, que no solamente no la comprende la razon, sino que no puede aceptarla: «Todo aquel que se ve inspirado por la fe á admitir la religion cristiana, siente en su propia persona una milagro continuo, que invierte todos los principios de su entendimiento, y le determina á creer lo más contrario á la razon y á la experiencia» (1). Nada más cierto; pero si esto es así, ¿qué es de la fe? ¿El siglo XVIII, incluso Hume, estaba dispuesto á creer en este milagro? Hume mismo en el *Ensayo*, del cual tomamos este pasaje, prueba que los milagros son una ilusion. ¡Luego, en definitiva, la fe es una ilusion!

¿Se creará despues de esto que Hume presenta su escepticismo como el primer paso hácia la religion cristiana? «La razon, dice, no conduce más que á la duda, apenas nos hace ver la posibilidad de un principio inteligente; su impotencia debe inspirarnos el desprecio de la filosofia, y llevarnos á desear una revelacion más clara de las verdades que nos interesan sobre Dios y sobre nuestro destino. Así la duda filosófica nos conduce á la religion revelada.» No se equivoca Strauss al decir que Hume lleva la ironía hasta el insulto (2). En Bayle la buena fe es posible, es un dialéctico sutil, que se complace en hacer luchar á la razon y á la fe; cuando dice que su objeto es mostrar la insuficiencia de la razon, debemos creer en sus protestas, miéntas no se pruebe lo contrario. ¿Pero cómo admitir que Hume sea cristiano, cuando derrama el desprecio á manos llenas sobre los dogmas del cristianismo? Si habla de *nues-*

(1) HUME, *Ensayo sobre los milagros* (*Obras filosóficas*, t. II, p. 41).

(2) STRAUSS, *Christliche Glaubenslehre*, t. I, p. 333.

tra santa religion, es á la manera de sus compatriotas, que profesan un gran respeto hácia todo lo legalmente constituido; ahora bien, la Iglesia cristiana tiene á su favor la autoridad de la ley y de la tradicion. Éste es el único carácter que distingue á Hume de los filósofos franceses, contemporáneos suyos. Los Ingleses no tienen el espíritu revolucionario de sus vecinos del otro lado de la Mancha; se contentan con ser incrédulos en teoría cada cual individualmente, y dejan á los demas que crean lo que tengan por conveniente. Hume dice en alguna parte, que tendria un sentimiento si algun creyente perdiese la fe por él. Hé aquí unos sentimientos muy respetables, pero que apenas aprovechan á la humanidad. Los hombres necesitan una religion que esté en armonía con su razon. Si los filósofos hallan que la fe revelada está en desacuerdo permanente con la razon, si piensan que esta fe conduce á la supersticion, por mejor decir, que es supersticiosa en su esencia, su deber es ilustrar á los hombres, porque el error en materia de fe engendra tambien el error en la moral; ¿y pueden vivir las sociedades con una moral corrompida? Es lo mismo que preguntar si el hombre se alimenta de veneno. Se alimenta de verdad. Aquellos que están llamados por Dios para investigar la verdad, los filósofos, no deben, pues, guardarse para sí los frutos de sus trabajos, deben difundirlos, porque son los misioneros de la verdad. Este trabajo es el que va á inaugurar la filosofía del siglo XVIII.

CAPITULO II.

LOS LIBRES PENSADORES Y LA RELIGION.

§ I.— Los filósofos del siglo XVII y los libres pensadores del XVIII.

I.

Los filósofos del siglo XVII dicen que son cristianos; tienen la pretension de conciliar su filosofía con el cristianismo. Pero el éxito responde muy mal á sus buenas intenciones: Descartes y sus discípulos, en lugar de robustecer la religion revelada, la destruyen. ¿No es ésta una prueba evidente de que la mision de la filosofía es combatir la revelacion milagrosa? Los filósofos cristianos lo hacen sin querer y, por decirlo así, á su pesar. Despues vienen los deistas ingleses, que se llaman tambien cristianos, pero son cristianos que ninguna Iglesia los admitiria como suyos. ¿Cuál es la base del cristianismo tradicional? Los milagros y las profecias. Pues bien, los deistas enseñan que los milagros y las profecias son una ilusion del espíritu humano; no hay, pues, revelacion sobrenatural. ¿Qué es en ese caso el cristianismo? Despues de los deistas de Inglaterra vienen los filósofos franceses; éstos no se llaman ya cristianos; por el contrario, declaran una guerra á muerte al cristianismo; unos conservan las verdades fundamentales de la religion, otros van más léjos y combaten toda religion y predicán el materialismo y el ateismo: tal es al ménos la acusacion que pesa sobre su memoria.

Esta serie de escritores, cada vez más hostiles al cristianismo,